

tea; mi habitacion será el carro de guerra rodando sobre los cuerpos palpitantes y calientes; mi trono pirámides de huesos; mis compañeros los chacales y los cuervos; mi único empeño la destruccion universal; mi única esposa la muerte.

VOCES FEMENILES (*más fuerte*).

Cleopatra te llama.

ANTONIO.

¿Decís que me llama Cleopatra?

VOCES FEMENILES.

Sí, sí.

ANTONIO.

Pues corro á su lado. Volveré á suspenderme de sus labios, á desplomarme en sus brazos. Su aliento me arrebatará de nuevo el sentido. Mas do quier volveis los ojos, allí está la muerte. Si no muero al dolor, moriré al placer. Si no muero al filo de la espada, moriré entre los anillos de la serpiente.

XXI.

THYRSO.

Ya lo oyes.

CLEOPATRA.

Terrible condicion, á la cual prefiero cien veces morir.

THYRSO.

Tú tienes mil medios de matarlo sin que sienta el dolor de la muerte. En tu magia hay conjuros que asesinan, y en tus brebajes hay venenos que dan á las fatigas de la agonía los goces de una divina embriaguez.

CLEOPATRA.

¡Matar yo al valeroso Antonio! ¡Jamás! Por los placeres que te he procurado en esta noche

última, por la felicidad que gustaste, intercede con Octavio en mi favor; dile que el Oriente se quedará sin su sacerdotisa si me arranca la egipcia diadema de las sienes; que Alejandría, este nido de ideas, se quedará sin la única águila capaz de preservarla y defenderla contra las asechanzas del desierto; que Roma perderá en mí avanzado centinela por las regiones de la barbarie, escudo seguro contra ese simoun misterioso, á cuyas ráfagas abrasadoras cayeron Nínive y Babilonia. Recuérdale que llevo bajo mi casco de oro el alma inmensa de Alejandro; que tengo entre mis abuelos á los gloriosos reyes dignos de haber leído los jeroglíficos de las estrellas para interpretarlos al mundo; y que entre mis hijos se encuentran hijos también de Julio César, protegidos por él desde las luminosas constelaciones donde vagará ahora su genio. Y yo haré de mi cetro una espada que podrá requerir siempre en su defensa; y arrojaré mi corona, que lleva engarzados lumináres de Grecia, de África y de Asia, como escabel, á sus plantas.

ANTONIO (*entrando*).

¿Qué veo? ¡Tú suplicando al mensajero, al li-

berto de César! ¿Y para eso me llamabas, para ver su ventura y tu degradacion? ¡Por Hércules, que el mancebo es jóven, hermoso, gallardo, y la reina fácil, voluptuosa, insaciable! Veo, Cleopatra, en tus labios descoloridos, en tus ojeras moradas, en tus retinas extintas, en la palidez mortal de tu semblante, que has consagrado la noche al placer, miéntas la consagraba yo á pensar en el dolor inmenso que me han traído tus amores. ¡Ah de mis guardias! Coged á ese liberto, desnudadle, y heridle, azotándole fuertemente, con varas flexibles, hasta tanto que su sangre haya salpicado los pórticos de este palacio, y, si es menester, la frente de esa reina. Mira, liberto: si al tornar á ver á tu amo Octavio, le enseñas tu cuerpo amaratado y se queja, dile que allí tiene á mi liberto Hiparco, y azótele en buen hora, como yo te azoto á tí, y quedaremos mutuamente pagados. Ahora, Cleopatra, escoge el género de muerte que más te cuadre. Vengo resuelto á matar, porque vengo resuelto á morir. Despues de haber perdido por tu amor nada ménos que Roma, ¡ah! me lo agradece revolvándote en los brazos de un liberto de Octavio, como cualquier prostituta de la Suburra. Cleopatra; si mi vida se concluye, magínate cómo se concluirá mi paciencia.

CLEOPATRA.

Antonio, tigre mio. Mi amor hácia tí crece, á medida que crecen tus injustificados celos. Mi adoracion se exalta, á medida que se exalta tu injusticia. He ido al pié de tu solitaria torre, y me he pasado noches enteras velando tu sueño, azotada por el viento del mar y por el viento del desierto, amenazada de las serpientes y de los tigres, sin decir siquiera las evocaciones mágicas, porque la muerte me hubiera sido dulce y grata por tí, por mi bravo leon romano. La palidez de mi semblante, el eclipse de la luz de mis ojos, la morada aureola de que surgen mis pestañas, indican mis dolores por tí, no mis placeres con otro. Y al llegar tú, suplicaba á Thyrsó, como cumple á una mujer, y á una mujer vencida; como cumple á una reina casi destronada, que nos dejara á nosotros dos una cabaña en el desierto, y á nuestros hijos un trono en Alejandria. Pero aparte de esta súplica, Antonio, ¿qué hice contra tí? Si en Accio eché á correr, atribúyelo á tu amor. Yo sabia que habrias de seguirme y de escapar así tal vez á la muerte. Preferí salvar tu persona á salvar mi imperio. Y desde entónces, si el dolor no te quitara todo conocimiento, verias en mí afectos nunca

ántes mostrados, y pruebas de esos afectos nunca dadas ántes. Celebré mi natalicio modestamente, como si Cleopatra fuera sencilla campesina; celebré el tuyo con esplendor no usado, como si Antonio fuera aún el general invencible, el Osiris del cielo y el rey de la tierra. Y lo he preparado todo, para pasar de este mundo al otro entre los holocaustos convenientes á mi historia y á mi rango. Mira: ¿ves aquel inmenso monumento, que puede competir con los muros de Tébas, con los templos de Ménfis, con las mismas Pirámides? Ese monumento es el sepulcro de Cleopatra. Ahí he llevado mis fabulosas riquezas en plata y oro, el marfil y el cinamomo que poseo, mis perlas de la India, mis claras esmeraldas; y en torno de esos tesoros he puesto una greca de pez y otra greca de estopas, á fin de abrasarlos y abrasarme para no ver, si el destino las decreta, ni la última rota de Antonio, ni la victoria definitiva de Octavio. Dí que suceda esto, y verás arder todos mis tesoros; convertirse en carbones y cenizas como apagado volcan esos monumentos; morir entre las llamas y el humo, rodeada de mis gentes y de mis dioses, de mis magos y sacerdotes, de mis damas y siervas, de mis soldados y esclavos, á esta mujer á quien ahora insultas y que te

ha consagrado su vida, como te consagrará su muerte.

ANTONIO.

Los tenientes de Octavio han llegado á Pelusa.

CLEOPATRA.

¿Y qué?

ANTONIO.

Y tu general Seleuco la ha entregado sin combate.

CLEOPATRA.

¿Es la primera traicion que has visto en esta guerra?

ANTONIO.

Y el público rumor dice que la entregó por tu mandato, y que entregando á Pelusa, has querido congraciarte con Octavio.

CLEOPATRA.

¡Horrible infamia! ¿Quieres una prueba en contrario? Castiguemos duramente á Seleuco.

ANTONIO.

¿Qué castigo inferirle, cuando está ausente y recibiendo los premios de su traicion?

CLEOPATRA.

Ahí tengo en rehenes su mujer y sus hijos, vivas prendas que de su lealtad me ha dejado. Dispon de ellos.

ANTONIO.

Creeré que has sido fiel, si los entregas á mi venganza.

CLEOPATRA.

Son tuyos.

ANTONIO.

Esclavos: ahora mismo, coged la esposa y los hijos del traidor Seleuco, y entregádselos á mis tigres y á mis panteras, que rugen de hambre.

CLEOPATRA.

Antonio, ¿estás de mí satisfecho?

2.^a parte.—Tomo II.

UNIVERSIDAD DE MONTERREY
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

ANTONIO.

Completamente. Á todas partes he seguido tu sombra y te he adorado. Ahora, en la desgracia, te adoro más que nunca. Contrastemos pues con fiestas tu fortuna y la mía. Acordémonos de nuestros hijos, los cuales han de dar reyes á la tierra. Inscribamos ya entre los jóvenes á Cesarion y demos la toga viril á Antylo. Que se quite éste la franja de púrpura en su traje, á fin de mostrar cómo su propio valor lo defiende y no las leyes. Que deje la peonza, la pelota, el carrillo tirado por ratas, el juego de las nueces y de las ánforas. Que se quite del cuello sus joyeles y los cuelgue al cuello de sus dioses lares. Que mis tenientes, mis esclavos, mis cortesanos, mis amigos, le rodeen, y suba en procesion magnífica á los altares para ofrecer sacrificios á los dioses. Que lo presenten luego por calles y por plazas al pueblo. Que las sacerdotisas de Baco vengan, coronadas de hiedra, á encender la sacra lumbre á la puerta de cada hogar, y cocer los panecillos empapados en miel blanca, ofrenda grata al dios. Y luego, en celebridad de semejante ceremonia, arda Alejandria en festines; celébrense por calles y plazas incesantes orgías; ábranse todos los teatros á las

pantomimas orientales; desciendan los gladiadores al circo; luchen las fieras entre sí; entonen sus cánticos gigantes coros compuestos de pueblos enteros; distribúyanse, entre los cortesanos, elefantes cargados de presentes; vengan los convidados á nuestra mesa, pobres, para salir ricos, y si vienen ricos, para salir poderosos. Y nosotros embriaguémonos en el amor y en el vino, hasta perder completamente la memoria.

XXII.

ANTONIO.

¿Será verdad, Lucilio?

LUCILIO.

Á las puertas de Alejandría se encuentra ya Octavio.

ANTONIO.

Hemos recibido sus embajadores, implacables conmigo, lisonjeros con Cleopatra. Le he pedido que me consintiera habitar, como un simple ciudadano, Atenas, y lo ha negado. Teme que mi sombra de general llegue hasta su palacio de Alba. Pero, si no he sabido vivir y reinar, sabré morir y matar. — ¡Aristócrates!

ARISTÓCRATES.

Antonio.

ANTONIO.

Vé al campo de César, y dile que le reto á singular combate. Si él queda vivo, suya será la tierra; si quedo yo vivo, será mia. Así evitaremos la muerte de muchos infelices. Pero, si rehusa, dile que la sangre próxima á derramarse inundará, como las aguas del Nilo, todo el Egipto; que en el incendio próximo á encenderse, perecerán á un tiempo Roma y Alejandría.

ALEXAS.

No vayas, Aristócrates. Ten por inútil esa demanda. Ya le presenté en nuestra última entrevista esa proposición, fiado, Antonio, en tu heroica bravura, y Octavio la rechazó, diciéndome: «Como hombre es más fuerte que yo; pero yo soy más fuerte que él como César. Si quiere morir, Antonio tiene muchos caminos que conducen á la muerte.»

ANTONIO.

Cierto. Lo difícil es conservar esta vida, que parece habernos sido dada por el placer de robár-

nosla. Muramos matando, muramos combatiendo, cual cumple á general romano. ¡Soldados, seguidme á la pelea! Ya no combato por la victoria; combato por la muerte.

ALEXAS.

Octavio está en el Hipódromo. Allí ha levantado su campamento. Antonio sale seguido de los suyos. Sus armas y sus vestiduras militares relampaguean como una nube tonante. Su caballo, de aligeros piés, corre como el viento. Su entrada en las filas enemigas parece la entrada de la hoz en la mies: tantos caen derribados por tierra y cubiertos, desde los piés á la cabeza, de roja sangre. La caballería enemiga corre despavorida, en desórden, fugitiva, al vibrar de su espada, al fulminar de sus olimpícos ojos, y tiene que encerrarse en las trincheras. Antonio corre á ofrecer esta última hoja de laurel á su Cleopatra, y lleva consigo los soldados que más se han distinguido. Esta pelea me parece el rayo último del sol de la gloria iluminando la fiera cabeza que ya se inclina, como una flor marchita, hácia la muerte.

LUCILIO (*que ha ido con Antonio, vuelve*).

¿Lo creereis?

ALEXAS y ARISTÓCRATES.

¿Qué?

LUCILIO.

Antonio ha combatido como en los mejores tiempos, como en Farsalia, como en Filipos. La caballería enemiga ha corrido como si fuera de gamos, y se ha encerrado en sus trincheras. Ufano con su triunfo, llevó el general los principales soldados, los que más se distinguieron, al palacio de Cleopatra, y le presentó uno que habia luchado con siete. La reina le regaló al valiente casco y escudo de oro ¿Lo creereis? Á los pocos momentos ya estaba en el campo romano, desertando de las propias enseñas, desirviendo á los pródidos bienhechores.

ARISTÓCRATES.

Husmea bien ese soldado. No será tonto. Sabe que, pasándose al enemigo, asegura su escudo y su casco, porque allí está la victoria.

LUCILIO.

Mañana, al amanecer, se empeñará la última batalla.

ALEXAS.

La noche ha caído por completo sobre nosotros. El mar está en calma, y en calma el desierto. Los elementos recogen sus fuerzas para asistir á esta suprema contienda. La ciudad calla, entregada al dolor. Siente sin duda que misteriosa mano le arrancará de las sienes su corona, y al verse destronada ha perdido el habla. Las estrellas brillan lo mismo que brillaron allá en la noche de Filipos. Y por los espacios del campamento se descubren algunas hogueras y se oyen los gritos de los centinelas, los pasos de las patrullas y el ladrido de los perros. ¡Oh noche! ¿Qué amanecer nos reservas?

ARISTÓCRATES.

¿Será posible?

LUCILIO.

¿Estás inquieto?

ARISTÓCRATES.

El tiempo avanza mucho, y Antonio no viene. ¿Pasará también esta última velada en brazos de Cleopatra?

ALEXAS.

No; hélo aquí.

LUCILIO.

¡Antonio!

ARISTÓCRATES.

¡Bravo por el combate último!

ANTONIO.

Senti hervir mi sangre, aquella sangre que me animaba en los tiempos de mis correrías por los campos de Luca.

ALEXAS.

¿Cenamos?

ANTONIO.

Cenemos, que para mañana necesitamos de todas nuestras fuerzas. Esclavos, servidme bien, que quizá sea ésta la última noche de la vida. Servidme, recordando que nunca os he ofendido. Servidme, presintiendo que podeis pasar á propiedad del vencedor, y que, quien ahora os habla con tanto imperio, acaso quedará dentro de bre-

ves horas en yerto cadáver convertido. No solloceis. La vida es así: un ascenso y descenso continuo, una guerra sin tregua, en que los vencedores de ayer resultan vencidos mañana; hasta que unos y otros, vencedores y vencidos, caen segados por la segur de la muerte en el comun surco, en la fosa comun del olvido y del silencio. Todo lo dejamos aquí. Los reinos que yo he tenido, apenas cabian ya en la tierra. Sus nombres no podian retenerse ni contarse, como las estrellas del cielo. Y ahora su dueño, reducido á cenizas, cabrá dentro del ánfora que cualquier matrona tiene en su tocador, ó que cualquier chiquillo en sus juegos llena de nueces. Pero ¿qué oigo? ¡Una música á estas altas horas de la noche!

ALEXAS.

Se oye muy de cerca; y no se ve nada, no se ve á nadie.

LUCILIO.

Se exhala misteriosamente en los aires.

ARISTÓCRATES.

No se parece á ninguna música de las com-

puestas por los hombres, á ninguna de las melodías producidas por humanas voces.

ANTONIO.

Los campos y los mares callan más profundamente. Escuchan sin duda esta dulce melodía, sacra como un misterio religioso, sencilla como una canción pastoril, producida en los giros del aire. ¿Qué me anunciáis, ¡oh dioses! qué anunciáis á la tierra?

CORO INVISIBLE.

¡Evohe! ¡Evohe! Corred, corred, desnudas como la inocencia, ciegas como el amor, olorosas como el vino nuevo, ceñidas de pámpanos, armadas de áureos tirsos, con los rosados labios convidando á besos ardientes; con los negros ojos despidiendo amorosa lumbre; con la suelta cabellera al viento, acompañadas de pastoriles coros que tocan zampoñas y flautas, en pos del joven divino, cuya cuna se meció en las selvas de la India y cuyo cuerpo se tiende sobre blando follaje, se perfuma con embriagadoras esencias y absorbe la vida como si en el rocío y en la luz, en el fondo de los

lagos y en el fondo del éter se bañara, á fin de personificar eternamente en si toda la Naturaleza.

(Este coro se pierde hácia el campamento de Octavio.)

ARISTÓCRATES *(para sí)*.

Los dioses te abandonan, ¡oh Antonio! Los dioses corren á refugiarse bajo las enseñas de Augusto. El alma de Asia que flotó sobre el lecho de amores donde dormían Cleopatra y Antonio, se vierte y se disipa de su última ánfora, de las Pirámides egipcias, para henchir el Capitolio, el cuerpo gigantesco de Roma. No esperéis ver surgir la libertad de su seno. La discípula y pupila de Grecia, la inmensa Roma, se convertirá pronto en imperio asiático, á cuyos piés dormirán pueblos esclavos, y en cuya cima tronará un César casi dios, ó un dios casi bestia. Si pudiese despertar la antigua Grecia con sus bellisimas ciudades, sus legiones de poetas, sus colegios de filósofos, sus coros ceñidos de mirto, sus héroes, que iban al combate como á una fiesta, sus dioses vívidos y sus templos rientes, acaso podría salvarse la tierra. Pero tú, Grecia, tú has sido inmolada en las aras de los dioses, como la hermosa Ifige-

nia, y no resucitarás. El alma de nuestra vieja sociedad se disipa, y sólo quedará su cuerpo, tendido como inmenso cadáver, sobre amontonadas ruinas, hasta que lo abraza una inmensa hoguera para que no infeste los aires.

ANTONIO.

Nos hemos quedado todos abortos. Sacudid pensamientos lúgubres. Cenemos, y departamos sobre la inmortalidad en visperas de la muerte.